amargura para resistir los asaltos del egoísmo, que á veces vienen escondidos en las olas de la dicha!; nosotros somos menos que aquellos bienaventurados pastores, que guiados por las palabras del ángel, entraron en la gruta de Belén con tu permiso á prosternarse delante de tu Jesús; tal vez venimos de las montañas altaneras del orgullo al valle hondo de la humildad, hastiados de los placeres de la vida, en los que sólo hemos encontrado amargura, desengaños y arrepentimientos; míranos á la puerta de la pobre gruta adonde ha bajado para el mundo la paz; permítenos la entrada; danos á besar las plantas de tu Jesús; mándale, como padre nutricio que eres suyo, que con su tierna mano, creadora del mundo, nos eche la bendición, para que se engendre en nosotros un deseo de abrazarnos voluntariamente con el dolor, de donde fluyen los verdaderos goces de esta vida y la inefable dicha de la eternidad. Amén.

TERCER DOLOR Y GOZO

La Circuncisión.—¡Jesús!

Charitas omnia sustinet... congaudet autem veritati.
La Caridad todo lo soporta... y se alegra de la verdad.
(1.ª á los Corintios, XIII, 6 y 7.)

DESGRACIADA es, á fe mía, esta época de impiedad en que hemos nacido. El monstruo de cien cabezas parece haber roto sus pesadas cadenas, según anda por el mundo inficionándolo todo con su emponzoñado aliento. Tantos males y tantos crímenes levantan tales nubes y sombras en nuestro horizonte, que parece que vive la sociedad en noche eterna y tempestuosa, que se niega á todo pincel. Allí suena el rugido fragoroso del bronce de la batalla; aquí el penetrante silbido de la locomotora, que impelida por la fuerza de vapor vuela por los campos tranquilos, arrastrando en su carrera vertiginosa soldados á la lucha fratricida.

Y entre los gritos de los que mueren y matan, parece que suena la voz de Jonás, el náufrago, diciendo: *Adhuc quadraginta dies et Ninive subvertetur* (1). Dentro de cua-

(1) Jonás, III, 4.

renta días Nínive será destruida. Esto es, presto vendrá abajo esta moderna Nínive de nuestra sociedad, manchada con delitos aún más execrables que los de la antigua. Presto este *pandemonium* de inmoralidad y desenfreno ha de estallar roto en pedazos humeantes. Presto esas pardas nubes, cargadas de electricidad, que avanzan encapotando el horizonte, se unirán en negrísimas falanges y comenzará la tormenta asoladora. Ya comenzó en el extremo Oriente, y á la rojiza luz de los meteoros se ve la desolación de dos pueblos que se exterminan. *Adhuc quadraginta dies*. Pero, ¡ay!, que estamos ciegos y sordos, y locos é insensatos corremos, corremos avanzando hacia el borde del precipicio tras el cual hay ruinas y hecatombes.

Y es que el moderno filosofismo y los descubrimientos de estos siglos, puestos al servicio del mal, han secado la savia del bien, porque han engreído nuestra razón y la han proclamado *diosa* en medio de vergonzosas bacanales. Es que hoy se repite con más fuerza que nunca aquel *non serviam* del arcángel malo, y por todas partes se escuchan blasfemias como las de Proudhon, risas satánicas como las de Voltaire, y ensueños febriles como los de Rousseau. Es que hoy todos nos creemos nacidos á ser reyes, y somos vanos Nabucodonosores, que osamos levantarnos estatuas colosales y las mandamos adorar.

De aquí el desorden autorizado por nuestra soberbia; de aquí el desenfreno en la plebe y los grandes crímenes en los magnates; de aquí la ostentación, la fastuosidad y el lujo; de aquí los robos y la prostitución; de aquí la molicie, la impudicicia y la perversidad; de aquí los hombres sin fe en el entendimiento y sin caridad en el corazón. Esta es la obra del infierno; esta es la obra de Satanás. Por eso, al mirar á los hombres en la noche borrascosa del delito, vuela sobre sus fatídicas sombras, proyectando en ellas la sombra aún más negra de sus inmensas alas y lanzando, impío, carcajadas estridentes.

Menospreciada, pues, está la caridad que nos enseñó con el ejemplo Nuestro Señor Jesucristo; mas como de esta excelsa virtud depende, más que de ninguna otra, la regeneración de la sociedad y la salvación de las almas, yo os la voy á presentar, sufriendo con paciencia inalterable el dolor y alegrándose de la verdad en la augusta persona del Patriarca San José en el día de la Circuncisión de Jesús. *Charitas omnia sustinet... congaudet autem veritati*. La caridad todo lo soporta y se alegra de la verdad.

Señor mío Jesucristo, Tú eres la *misma caridad*, y en ese Sacramento del amor es en donde más propicio se te encuentra para prodigar á manos llenas tus dones sobrenaturales. Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, aparta de mi inteligencia las sombras que la envuelven é inflama mi pobre corazón en el purísimo fuego en que el tuyo arde, para que mis palabras edifiquen y caigan sobre tu pueblo como rocío fecundante del cielo. Esto los fieles te suplican conmigo, poniendo por intercesora á tu Santísima Madre Inmaculada, á la que fervorosos saludaremos con las humildes palabras del arcángel:

AVE, MARÍA.

I

La Circuncisión.

Charitas omnia sustinet.
La Caridad todo lo sufre...

El justo florecerá como la palma (1), dicen las Sagradas Escrituras; y es, porque así como la palma echa las ramas hacia arriba y el fruto se inclina hacia la tierra, así el justo dirige á Dios todos sus méritos é inclina hacia la tierra todos los frutos de sus obras. Y así fué San José; porque todos los actos de su vida, si bien iban dirigidos y consagrados á Dios, coadyuvaban juntamente con los de María á nuestra redención y nos servían de remedio. Y fijándonos ahora en la Circuncisión, decidme cómo José consintió en ella, sino para nuestro bien y aprovechamiento. Porque, ciertamente, Jesús no estaba obligado á cumplir aquella penosa ley, como autor que era de ella, y por ser además instituida para protestación de la fe del Mesías que los judíos esperaban; y no habiendo ahora escribas, ni fariseos que contra El se levanten para perderle, ni falsos testigos que le acusen, ni juez que le condene, José mismo circuncida á Jesús; porque sabe que la voluntad del divino Hijo de María es padecer aquel tormento por amor de los hombres.

Y aun cuando Jesús, María y José hicieron estos ex-

(1) Ps. XCI, 13.

tremos de amor por mucha gente que gasta la niñez en revoltosos juegos, la mocedad en insensatas locuras y el resto de la vida en dejarse vencer por todos los ímpetus de las pasiones, no fué enteramente infructuoso este padecimiento suyo; porque luego que la voz de los Apóstoles se dejó oir en la tierra, y el mundo, depuestas las armas con que hacía guerra á Dios, meditó en la vida de trabajos y sacrificios de Jesús, pobláronse los desiertos de cenobios adonde acudieron los mancebos y las vírgenes á comenzar en aquellos primeros días de su juventud vida de penitencia por amor de Aquel que quiso sentir desde su infancia el rigor de todas las leyes.

Mandaba Dios en su antigua ley que le fuesen ofrecidas las primicias de todos los primeros frutos de la tierra, y como determinó que José fuese tan pobre de los bienes de este mundo que no tuviese cosa propia en la tierra, sino sólo á Jesús sobre quien tenía autoridad de padre; para cumplir con la ley, quiso que en este sacrificio de su corazón le ofreciese la sangre de Jesús como primicia de la que después había de ser vertida en la cruz para la eterna redención del universo mundo. Así José, padeciendo por tener que verter por su propia mano la sangre inocente de Jesús, mostraba á los pecadores que no hay otro camino para la gracia que la mortificación y la Cruz.

Ahora José está en el cielo, y desde allí es nuestro abogado, consolando al triste, enjugando las lágrimas del que llora, cobijando con su manto al desamparado y viniendo en la hora de la muerte á posarse sobre nuestro corazón, para que su dulce nombre, juntamente con los de Jesús y de María, sea el último que pronuncien nuestros labios; pero para ayudar á alcanzarnos este remedio, vivió vida de lágrimas, de persecución y de peregrinación y de destierro. Que para tener paz con nuestra conciencia, hemos de pasar la vida en guerra con nosotros mismos, mortificando nuestras pasiones, po-

niendo fronteras á los deseos de nuestro corazón y revolviéndonos contra nuestra carne, para poner freno á sus desordenados apetitos. Y esta vida es de la que habla San Bernardo cuando exclama: ¡Oh vida ciertamente amable, vida deseable, vida deleitable! ¡Oh vida, que nutres á los tuyos con manjares del cielo! Quien te quiera poseer, que llore lágrimas de penitencia; aparte de sí con indignación las delicias; desprecie sus halagos; y el que más mortificado fuere, con más derecho te poseerá. *Oh certe vita amabilis, vita desiderabilis, vita delectabilis! Oh vita quae nutris tuos coelestibus alimentis! Qui enim vult te habere, se affligat, delicias respuat, delicata quaeque contemnat et qui amplius mortificatus fuerit, te amplius possidebit.*

Cuando el dolor nos amaga, levantando sobre nuestra frente sus brazos de hierro, comienza el corazón á palpitar con ritmo más acelerado; la imaginación viste con el negro ropaje de las penas todos nuestros pensamientos; la atmósfera que nos rodea se torna pesada, como una capa de plomo, y como nos parece estar al borde de un precipicio, tornamos con la inteligencia y la voluntad las espaldas al dolor, y solamente impulsados por la voz de la conciencia, damos, medrosos é irresolutos, el primer paso hacia el sacrificio. Y cuando la víctima que se ha de sacrificar es un hijo, por quien las horas parecen cortas para el trabajo, por quien es más dulce la esperanza y el sueño más delicioso, porque allí la imaginación, inspirada por el amor, con mano libre pinta para el hijo un porvenir con todos los colores de la gloria y todas las comodidades de la dicha; cuando la víctima, digo, ha de ser un hijo, paréceme que la inteligencia, mareada por las olas de sangre que suben del corazón á la cabeza, y la voluntad, subyugada por los gritos del amor, deben trabar lucha horrible con el deber, si es el deber el que obliga á tan tremendo sacrificio. Y ya para José es llegada la hora de comenzar el sacrificio de aquel Niño divino, á quien tiene por hijo y por quien siente más cariño que todos los padres por sus hijos. José va á dar el primer paso hacia el dolor, sus entrañas se desgarran y su corazón es inundado de amargura. José sabe que aquella vieja ley no obliga al Salvador; pero como aquel primer sacrificio forma parte de nuestra redención, que ha de ser nuestra vida, da presto y heroico el primer paso hacia el dolor, y con sus propias manos circuncida á Jesús. *Charitas omnia sustinet.* La caridad todo lo soporta. ¡Oh!, cuando las ilusiones halagüeñas y aduladoras vengan á fascinar nuestro espíritu y á enredarlo en sus mallas de flores y á enloquecerlo con su aliento embalsamado y próxima la ocasión, estemos para dar el primer paso hacia el placer, que es la muerte de nuestras almas, traigamos á la memoria cuán presto estuvo José á sacrificar su amor por nuestro remedio, y sea este recuerdo mano que ataje aquel primer ímpetu de nuestro corazón hacia las sombras de la muerte.

La Circuncisión era una imagen de nuestro bautismo, en la cual, por la protestación de la Fe y esperanza del Mesías, y en virtud de la gracia que Jesús nos había de alcanzar con su redención, y por la sujeción á la ley de Dios, se perdonaba el pecado original, siendo así este Sacramento, señal y remedio de pecadores. Y aun cuando Cristo Nuestro Señor, en cuanto Dios y en cuanto hombre, era impecable, y era autor de la gracia y Cordero divino, que quita los pecados del mundo y nada tenía que borrar de sí por medio de este antiguo Sacramento, quiso, sin embargo, que su padre nutricio lo sujetase á él y recibir por nuestro amor esta manera de bautismo sangriento.

Y siendo así que en todas las demás obras de su vida hizo patente su Majestad con señales evidentes de su gloria, en ésta quiso sufrir la pena y forma de pecador sin ningún signo que declarara su divinidad y la santidad de sus padres. Porque cuando nació en el esta-

blo de Belén, llorando y estremeciéndose de frío, como los hijos de los pecadores, los ángeles hinchieron los aires de armonías, los pastores se llenaron de regocijo y los reyes de Oriente emprendieron el camino, guiados por una milagrosa estrella, y todos le adoraron como á Dios, encontrándolo reclinado en un pesebre. Cuando sus padres le ofrecieron á Dios en el templo con ofrenda de pecador, el santo viejo Simeón y Ana, la santa profetisa, publicaron su divinidad con sus cánticos y vaticinios. Cuando se dejó tentar en el desierto y fué conducido por Satanás al pináculo del templo y á la cima de la montaña, bajaron los ángeles del cielo, sirviéndole como á su Dios y Señor. Y finalmente, cuando, cargados sobre sus hombros los pecados de todos los hombres, expiró en una cruz entre dos ladrones, el sol, que perdió su luz, como si ardiera iluminado por los ojos de Jesús; la tierra, que se estremeció como falta de la mano que la sostenía en el vacío; los muertos, que salieron de sus sepulcros, resucitados por el tremendo grito con que Jesús, al expirar, quiso hacer testigos á los muertos y á los vivos del sangriento sacrificio con que nos redimió, y el Centurión, resucitado á la vida de la gracia, que hirió su pecho arrepentido, dieron grandioso testimonio de su divinidad.

Sólo en la Circuncisión lo miran sus padres, al parecer olvidado de sí mismo y de su honra, porque allí no hay ángeles que canten, ni sol obscurecido, ni milagros que le declaren Dios, cuando parece hombre flaco; y yo tengo para mí que Jesús quiso envolver á sí y á sus padres en esta manera de obscuridad, para que la Circuncisión, especie de bautismo entre los hebreos, hasta en El mismo fuera no más que una sombra del bautismo con que á los cristianos se les abren las puertas del reino de los cielos. Porque aquí sí cantan los ángeles, cuando el alma, enemiga de Dios por el pecado original, se hace amiga de Dios por el agua del bautismo; y se alegra la Iglesia y se regocijan los hombres; y las madres, que hasta entonces han estado conteniendo los impulsos de su amor, estampan en nuestra frente el primero y el más dulce de los besos. Ya, pues, ha derramado el Niño divino la sangre de sus venas, y el corazón de José ha sufrido el más amargo de sus dolores; ya ha comenzado nuestra redención, y ahora es cuando José da al Redentor el nombre de Jesús, que quiere decir Salvador. Este nombre, pues, ante el cual se arrodillan los cielos, la tierra y los infiernos; los cielos, cantándole himnos de alabanza; la tierra, implorando su clemencia, y los infiernos, sintiendo el peso de su justicia, costóle á José la amargura de su corazón. Pero la caridad todo lo soporta: *Charitas omnia sustinet.*

II

¡Jesús!

Y esta es la caridad, que José ha demostrado á los hombres, circuncidando á Jesús con pena suya Mas como el nombre de Jesús es fortaleza para nuestras almas, escudo de nuestros corazones y dulce miel para nuestros labios, José se regocija de todo corazón de que este Sol de verdad comience á lucir para todos los humanos. *Congaudet autem veritati.*

Verdad es lo que es conforme con la voluntad divina, y así, el que tiene caridad, de la misma manera que se siente penetrado de dolor, cuando ve que Dios es ofendido, de la misma manera se llena de júbilo inefable, cuando mira que Dios es honrado. Y es honra, sí, para el Redentor, el que los hombres lo llamen con su propio nombre augusto de Jesús, porque, en realidad de verdad, es Salvador del género humano.

Ciertamente Jesús es Salvador en un acto perfecto,